

prete un indio mexicano, por cuya lengua le dijeron que venían aficionados por lo que habían oído en el sermón de las grandezas y efectos del bautismo de recibirle; y que pues el obispo decía, que con este sacramento se ponían las almas, por sucias que estuvieran con manchas de pecado, más albas que un lienzo, que les hiciese regalo de bautizarlos.

El obispo los recibió con grande amor y regocijo y los regaló en su casa y les dijo, que de muy buena gana los bautizaría, pero que era necesario instruirlos antes en algunas cosas tocantes al conocimiento de el verdadero Dios y de su fe y ley; y ellos dijeron que querían ser enseñados en aquello; y así los remitió el obispo a los padres de la compañía para que los catequizasen; y estándolo ya suficientemente, pasados algunos días, mandó el obispo prevenir algunos capitanes principales españoles para que fuesen sus padrinos.

Y llegando el día, el obispo se vistió de pontifical, y con la mayor solemnidad que pudo los bautizó y regaló aquel día en su casa, dándoles de comer y de vestir al uso castellano; y entre otras cosas que les encomendó mucho fue la paz con los españoles.

Y obró Dios tanto por virtud de este sacramento en los corazones de estos belicosos caciques, que de allí adelante fueron tan mansos y pacíficos como si fueran cristianos muy viejos; y con esto se pacificó y aseguró aquella provincia de Papasquiario, poniendo Dios principalmente en ellos su mano, a quien se debe toda la honra y gloria. Éstas son sus palabras formales.

Aquí quiero advertir (y no parezca afición de religioso, pues no es sino verdad acontecida) que los indios que estaban a la doctrina de los frailes franciscos (y cinco leguas del real de los españoles) no fueron de los amotinados, antes se quedaron en sus puestos muy pacíficos y quietos, porque en aquella quietud y sosiego los tenían sus ministros.

CAPÍTULO XLV. Donde se da principio a la jornada que Sebastián Vizcaíno hizo por este Mar del Sur, y del intento que hubo para hacerse el viaje y jornada del Cabo Mendocino, esta quinta vez que fue a descubrirse



UESTRO REY FELIPO TERCERO, como verdadero hijo de tan cristianísimo padre y nieto de tan santos abuelos, tiene tanto celo del bien de las almas que tiene a su cargo, que de ordinario procura por todas las vías y modos que puede ampliar el cristianismo por todo este nuevo mundo; y así vino a su noticia cómo, gobernando la Nueva España como virrey de ella don Antonio de Mendoza, que fue en el tiempo que se descubrió el viaje y navegación de las islas de Luzón, que llamamos Filipinas, con ciertos navíos que se fabricaron en el puerto de la Navidad, costa del Mar del Sur y tierra de la Nueva España, viniendo de vuelta las dichas

naos, en altura de cuarenta y dos grados, poco menos, vieron los que en ellas venían un remate que la tierra firme allí hacía, al cual llamaron Cabo Mendocino, a contemplación del virrey que los había enviado y que desde allí hasta el puerto de la Navidad, parecía ser todo tierra firme. Y llegados a la Nueva España dieron noticia de ello al dicho virrey, el cual pretendió que se descubriera la dicha costa, hasta el dicho paraje del Cabo Mendocino; y poniéndolo por obra a su costa, sólo pudo llegar hasta el puerto que se llamó entonces de Santiago y ahora le llamamos de la Magdalena, que está en altura de veinte y cinco grados y desde allí se tornó el que lo iba a descubrir, por parecerle imposible poder pasar más adelante, por ser continuos en aquella costa los vientos noruestes, diametralmente contrarios para la dicha navegación. Supo también su majestad, cómo otros virreyes habían intentado este mismo descubrimiento, por mandado de su padre, y cómo no habían salido con él (como adelante se dirá) halló, también su majestad entre otros papeles, una información que ciertos extranjeros habían dado a su padre, en que se dicen algunas cosas notables que ellos en aquella tierra habían visto, llevados allí con fuerza de tiempos en un navío desde la costa de los Bacallaos, que es en Terranova, dando en ella razón de haber pasado de la Mar del Norte a la del Sur, por el estrecho de Anián, que es más adelante del Cabo Mendocino y que habían visto una populosa y rica ciudad, bien fortalecida y cercada y muy rica de gente política y artesana y bien tratada y otras cosas dignas de saberse y de ser vistas. Por otra parte, había sido también informado que los navíos que vienen de la China a la Nueva España corren notable riesgo en la vuelta; y que cerca del Cabo Mendocino solían ser las mayores tormentas, que convendría, para reparo de las naos, descubrir la costa desde allí al puerto de Acapulco, para que sabiéndose la costa tuviesen reparo los navíos que por allí navegan, pues de ordinario son de su majestad y corre su real hacienda muchísimo riesgo. Por éstas y otras causas mandó al conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España, que a su costa hiciese hacer el dicho descubrimiento con todo cuidado y diligencia; y que en el coste y gastos no reparase, porque éste era su gusto y quería así lo hiciese.

CAPÍTULO XLVI. En que se trata de cómo y por qué orden dispuso las cosas necesarias para hacer el dicho descubrimiento el conde de Monte-Rey, virrey de la Nueva España



L CONDE DE MONTE-REY, deseando acertar a hacer lo que su majestad con tanto encarecimiento le había mandado, lo comunicó y trató una y muchas veces con personas de experiencia y saber, de quienes tenía satisfacción que le dirían lo que más conviniese para que mejor se hiciese y su majestad fuese más bien servido. Resuelto pues y determinado en lo que se había de hacer, mandó aperebir todo lo necesario con mucho cuidado y diligencia y nombró al general Sebastián Vizcaíno por capitán ge-